

Katharina Hagen

EL SABOR DE LAS PEPITAS DE MANZANA

Traducción:
ANA KOŠUTIĆ



MAEVA

CAPÍTULO 1

Tía Anna murió con dieciséis años de una neumonía que no fue posible curar porque la enfermedad le había roto el corazón y aún no se había descubierto la penicilina. Su muerte ocurrió un día de julio al anochecer y un instante después, cuando Bertha –la hermana menor de Anna– se precipitó llorando al jardín, se dio cuenta de que con el último estertor de Anna todas las grosellas rojas se habían vuelto blancas. Era un jardín grande. Los numerosos y antiguos groselleros se arqueaban por el peso de las bayas que debían haberse recogido hacía mucho tiempo, pero en las que, tan pronto como Anna cayó enferma, nadie había vuelto a pensar. Mi abuela me lo contaba con frecuencia, ya que había sido ella quien había descubierto las grosellas enlutadas. Desde entonces, no hubo más que grosellas negras y blancas en el jardín de mi abuela y todos los esfuerzos que se hicieron más adelante por cultivar un arbusto rojo se saldaron con fracaso; en sus ramas tan solo crecían bayas blancas. Eso, sin embargo, no perturbaba a nadie, las blancas eran casi tan dulces y sabrosas como las rojas, el delantal no se le manchaba a una demasiado al exprimir las para extraer el jugo y la jalea que se obtenía emitía destellos de una misteriosa, pálida transparencia. Como «lágrimas en conserva» decía mi abuela. Y sobre los anaqueles de la bodega seguía habiendo frascos de todos los tamaños con jalea de grosellas de 1981, un año cuyo verano fue particularmente rico en lágrimas. El último verano de Rosmarie.

Un día, buscando pepinillos en conserva, mi madre encontró un frasco de 1945 que contenía las primeras lágrimas de la posguerra. Se lo regaló a la Asociación de Amigos de los Molinos y cuando le pregunté por qué diablos le daba la deliciosa jalea de la abuela a una cooperativa regional, dijo que aquellas lágrimas habían sido demasiado amargas.

Mi abuela Bertha Lünschen, nacida Deelwater, murió algunas décadas después de tía Anna, pero ya hacía tiempo entonces que ella no sabía quién había sido su hermana, ni cómo se llamaba ella misma, ni si era invierno o verano. Había olvidado para qué servían un zapato, una hebra de lana o una cuchara. Durante diez años se fue liberando de sus recuerdos con la misma ligereza inquieta con que se alisaba los cortos rizos blancos que tendían a enredársele en la nuca o con que recogía las invisibles migas sobre la mesa. Más que de los rasgos de su cara, me acordaba con claridad del ruido de la piel dura, seca, de su mano sobre la madera de la mesa de la cocina. También recordaba cómo sus dedos anillados se cerraban firmemente en torno a las migas invisibles, como intentando atrapar la sombra de su espíritu en fuga; aunque puede que Bertha solo quisiera, aparte de simplemente llenar el suelo de migas, alimentar a los gorriones que disfrutaban en el jardín dándose baños de arena y arrancando los pequeños rábanos a comienzos del verano. Más tarde, en la residencia de ancianos, la mesa pasó a ser de plástico y la mano de mi abuela enmudeció. Antes de perder totalmente la memoria, Bertha nos incluyó en su testamento. Christa, mi madre, heredó la tierra; tía Inga, los valores del banco; tía Harriet, el dinero. Yo, la última descendiente, heredé la casa. Las joyas y los muebles, la ropa blanca y la plata debían ser repartidos entre mi madre y mis tías. El testamento de Bertha era claro como el agua y fue una ducha fría: los valores no eran para tanto, la vida en los pastos de la llanura de Alemania del Norte no atraía a nadie salvo a las vacas, dinero no había mucho y la casa era vieja.

Bertha debió de acordarse de cuánto me gustaba entonces aquella casa. De sus últimas voluntades, sin embargo, no nos enteramos hasta después del entierro. Viajé sola. Un viaje largo y complicado a bordo de diferentes trenes; había salido de Friburgo y tuve que atravesar de punta a punta todo el país antes de bajar de un autocar de línea casi vacío que me había paseado de pueblo en pueblo desde una pequeña y fantasmagórica estación de provincias para dejarme bien arriba, en el pueblo de Bootshaven, justo frente a la casa de mi abuela. Estaba exhausta por el viaje, por la tristeza y por el sentimiento de culpa que siempre se experimenta cuando muere alguien que, aunque es querido, no llegamos a conocer bien en vida.

Tía Harriet también había venido. Ya no se llamaba Harriet, sino Mohani, aunque no vestía túnica naranja ni llevaba el cráneo rasurado. Lo único que sugería su nueva condición de iluminada era el collar de cuentas de madera con la imagen del gurú. Con sus cortos cabellos rojos de *henna* y su calzado deportivo Reebok, sobresalía del resto de negras siluetas reunidas en pequeños grupos delante de la capilla. Me alegré de ver a tía Harriet, aunque me invadió cierta angustia —inquietud más bien—, al pensar que no la había vuelto a ver desde hacía treinta años, es decir, desde que enterramos a Rosmarie, su hija. Aquella angustia me era familiar; al fin y al cabo, pensaba en Rosmarie cada vez que contemplaba mi rostro en el espejo.

Su entierro había sido insoportable. Siempre es insoportable —qué duda cabe— tener que enterrar a una jovencita de quince años. En aquella ocasión, como hube de enterarme más tarde, caí desmayada. Lo único que recuerdo son las lilas blancas dispuestas sobre el ataúd, el perfume vaporoso y dulce que exhalaban y que acabó por taponarme la nariz, provocarme burbujas en la tráquea y que hizo que me faltara el aire y que, con un giro, me hundiera en un agujero blanco.

Desperté más tarde en el hospital. Al caer me había golpeado la frente contra el bordillo y habían tenido que coser la herida. Me quedó una cicatriz encima del puente de la nariz, una marca pálida. Ese fue mi primer desmayo. Desde entonces, me he desmayado con frecuencia. En nuestra familia, eso de caerse, se nos da bien.

Así fue como la pobre tía Harriet renegó de la fe tras la muerte de su hija y se unió a Bhagwan. Según se decía en el círculo de conocidos, había entrado en la secta... Aunque la palabra «secta» se pronunciaba en voz baja, como temiendo ser espíados y atrapados por ella para acabar como aquellos locos lobotomizados de *Alguien voló sobre el nido del cuco*, con el cráneo rapado, dando tumbos por las zonas peatonales de este mundo, aporreando los timbales con alegría infantil. Tía Harriet no parecía, sin embargo, querer desembalar sus timbales para el entierro de Bertha. Cuando me vio, me estrechó entre sus brazos y me besó la frente. Más bien besó la cicatriz de mi frente, pero no dijo ni una palabra y se limitó a empujarme hacia mi madre que estaba de pie junto a ella. Mi madre tenía aspecto de haber llorado los últimos tres días. Al verla, se me encogió el corazón. ¡Qué terrible ha de ser tener que enterrar a tu propia madre!, me dije tras soltarme de su abrazo. Mi padre, a su lado, la sostenía. Estaba mucho más pequeño que la última vez y su cara tenía arrugas que yo jamás le había visto. Tía Inga se mantenía algo apartada. A pesar de sus ojos enrojecidos, seguía siendo impresionantemente bella y las comisuras inclinadas de su hermosa boca expresaban más orgullo que aflicción. Aunque su vestido fuera sencillo y cerrado hasta el mentón, más que una prenda de duelo parecía un pequeño vestido negro. Tía Inga había venido sola. Me cogió ambas manos y me sobresalté ligeramente, una descarga eléctrica, apenas perceptible, me alcanzó desde su mano izquierda. En el brazo derecho llevaba su brazalete de ámbar. Las manos de tía Inga eran duras al tacto, cálidas y secas.

Era una soleada tarde de junio. Eché una mirada al resto de la gente, muchas mujeres de cabellos blancos, de gafas gruesas y bolsos negros, eran las compañeras habituales de tertulia de Bertha. Estaban también el antiguo alcalde y, por supuesto, Carsten Lexow –antiguo profesor de mi madre–, algunas amigas de la escuela y unas primas lejanas de mis tías y mi madre. Tres hombres de elevada estatura, uno al lado del otro, con aire solemne y desmañado se reconocían fácilmente como antiguos pretendientes de tía Inga, a quien apenas osaban mirar abiertamente, pero de quien, sin embargo, no apartaban los ojos. Los vecinos de mi abuela, los Koop, también estaban presentes, además de otras personas a quienes no pude identificar: empleados de la residencia de ancianos, tal vez, o de la funeraria, o colaboradores de mi abuelo de la época en que aún tenía el bufete.

Nos dirigimos todos al bar situado junto al cementerio y tomamos café con bizcocho de mantequilla. Como es costumbre después de los entierros, la gente comenzó a hablar de inmediato. Al principio en voz baja, después cada vez más fuerte. Incluso mi madre y tía Harriet no tardaron en conversar febrilmente. Los tres pretendientes rodeaban ahora a tía Inga, firmemente plantados sobre sus piernas separadas y las espaldas arqueadas hacia atrás. Tía Inga parecía bien dispuesta a aceptar sus homenajes, pero, al mismo tiempo, los recibía con cierto sarcasmo.

Las damas del círculo de mi abuela comían en torno a la misma mesa y celebraban una pequeña tertulia. Con los labios manchados de granitos de azúcar y almendra machacada, comían igual que hablaban, lenta, ruidosamente y sin parar. Junto con las dos camareras, mi padre y el señor Lexow iban y venían de la cocina a las mesas con bandejas de plata cargadas de montañas de porciones de bizcocho mientras las cafeteras humeantes se sucedían a intervalos regulares. Las damas del círculo jaleaban un poco a aquellos dos hombres jóvenes tan atentos, animándolos a unirse a la tertulia y, mientras mi padre bromeaba respetuosamente con ellas, el señor Lexow se limitaba a sonreír tímidamente y a huir hacia las mesas vecinas. Al fin y al cabo, tenía que seguir viviendo allí.

Aún hacía calor cuando abandonamos el local. El señor Lerox se sujetó las perneras del pantalón con dos aros metálicos y montó en la bicicleta negra que lo esperaba, apoyada y sin candado, contra la pared de la casa. Nos saludó levantando fugazmente la mano y se fue pedaleando en dirección al cementerio. Mis padres y mis tías permanecieron ante la puerta del local, parpadeando bajo el molesto resplandor del sol de la tarde. Mi padre carraspeó:

—Los hombres del bufete, los habéis visto, ¿verdad? Bertha ha hecho testamento.

Eran los abogados, pues. Mi padre no había acabado aún; abrió la boca y la volvió a cerrar, las tres mujeres seguían mirando hacia el sol rojizo sin mediar palabra.

—Nos esperan ante la casa.

Rosmarie había muerto en verano también, pero en un momento en que por las noches los prados comenzaban a exhalar fragancias de otoño y una no podía tumbarse sobre la hierba sin quedarse rápidamente aterida de frío. Pensaba en mi abuela, que yacía bajo tierra; en el húmedo y negro agujero donde ella reposaba ahora, un suelo pantanoso, negro y fértil bajo la arena. El montículo de tierra junto a su sepultura se secaba al sol y la arena se escurría infatigable. Se precipitaba en pequeñas morrenas, exactamente igual que en un reloj de arena.

—Así soy yo —dijo Bertha un día—, así es mi cabeza. —Gimió inclinándola hacia el reloj de arena situado al borde de la mesa. Se levantó entonces bruscamente de la silla y barrió el reloj de la mesa con la cadera. El delgado soporte de madera se había roto. El vidrio, hecho añicos, había saltado por los aires. Yo era una niña y su enfermedad aún no se notaba demasiado. Me arrodillé y con el dedo índice esparcí la arena blanca por el suelo de piedra blanca y negra de la cocina. La arena era muy fina y resplandecía bajo la luz de la lámpara. Mi abuela, de pie junto a mí, suspiró y preguntó que cómo se me podía haber roto aquel hermoso reloj de

arena. Cuando le dije que era ella quien lo había hecho caer, sacudió la cabeza y la volvió a sacudir una y otra y otra vez. Después recogió los fragmentos de vidrio y los echó al cubo de las cenizas.

Tía Harriet me agarró por el brazo. Me sobresalté.

—¿Nos vamos? —preguntó.

—Sí, vamos.

Hice un gesto para liberarme de la leve presión de su mano y me soltó en el acto. Sentí que me miraba con el rabillo del ojo.

Regresamos caminando a casa. Bootshaven es un pueblo muy pequeño. La gente inclinaba formalmente la cabeza a nuestro paso y en el camino nos cruzamos varias veces con mujeres de avanzada edad que nos daban la mano a nosotras, pero no a mi padre. Yo no las conocía, aunque todas ellas parecían conocerme a mí y —es cierto que en voz baja, por deferencia a nuestro luto, pero sin poder reprimir un leve atisbo de satisfacción porque esta vez le hubiese tocado a otra— decían que me parecía a la pequeña Christa. Tardé un rato en comprender que «la pequeña» era mi madre.

La casa se veía desde lejos. La parra silvestre cubría por entero la fachada y las ventanas superiores no eran más que huecos cuadrados en aquel espeso matorral verde oscuro. Los dos viejos sauces de la entrada llegaban hasta el tejado. Al pasar rozando el muro lateral de la casa sentí la tosca piedra roja y caliente bajo mi mano. Un golpe de viento atravesó la parra, los sauces se inclinaron, la casa suspiró suavemente.

Al pie de la escalera que llevaba a la puerta de entrada esperaban los abogados. Uno de ellos tiró su cigarrillo al verlos

llegar; después se agachó rápidamente a recoger la colilla. Mientras subíamos los amplios peldaños, agachó también la cabeza, se había dado cuenta de que lo habíamos visto; su cuello se había puesto colorado mientras hurgaba concentrado en su portafolios. Los otros dos hombres contemplaban a tía Inga. Ambos eran más jóvenes que ella, pero aun así empezaron enseguida a cortejarla. Uno de ellos sacó una llave de su cartera y nos interrogó con la mirada. Mi madre cogió la llave y la introdujo en la cerradura. Cuando se oyó el ruidoso tintineo de la campana de latón encima de la puerta, una misma sonrisa iluminó fugazmente la cara de las tres hermanas.

—Podemos pasar al estudio —dijo tía Inga precediéndonos.

El olor del vestíbulo me aturdió. Seguía flotando aquella misma fragancia de manzanas y piedras viejas, y el baúl tallado del ajuar de mi bisabuela Käthe también seguía allí, apoyado contra la pared. A izquierda y derecha del baúl, las sillas de roble con el escudo de la familia, un corazón partido en dos por una sierra. Los tacones de mi madre y de tía Inga hacían ruido y la arena rechinaba bajo las suelas de cuero; tan solo tía Harriet, con sus Reebok, caminaba despacio y silenciosamente.

El estudio de mi abuelo estaba ordenado. Mis padres y uno de los abogados —el joven del cigarrillo— colocaron cuatro sillas, tres de ellas unas junto a otras y la cuarta enfrente. El pesado escritorio de Hinnerk no parecía sentirse afectado por todo aquel trajín y seguía ahí, plantado contra la pared entre las dos ventanas que daban a la entrada y a los tilos. La claridad del día se colaba por entre el follaje y salpicaba de manchas luminosas la habitación. El polvo danzaba. Hacía fresco allí. Mi madre y mis tías se sentaron en las tres sillas oscuras y uno de los abogados en la silla de escritorio de Hinnerk. Mi padre y yo estábamos de pie detrás de las tres hermanas. Los otros dos abogados, también de pie, se quedaron junto a la pared, a nuestra derecha. Las patas y el respaldo de

las sillas eran tan altos y verticales que un cuerpo sentado quedaba enseguida formando un ángulo recto: pies y tibias, muslos y espalda, brazos y antebrazos, cuello y hombros, mentón y cuello. Las hermanas parecían estatuas egipcias de una cámara funeraria.

El hombre sentado en la silla de escritorio de Hinnerk —no el del cigarrillo— oprimió con los dedos el cierre del portafolios, lo que pareció ser una señal para los otros dos, que se aclararon la garganta y miraron al primero, el jefe obviamente, con aire circunspecto. El hombre en cuestión se presentó como antiguo socio de Heinrich Lünschen, mi abuelo.

Se leyó y se comentó el testamento de Bertha y mi padre fue nombrado ejecutor testamentario. Un ligero y único movimiento atravesó los cuerpos de las tres hermanas cuando oyeron que la casa sería para mí. Me dejé caer sobre un taburete y miré al socio del socio. El hombre del cigarrillo giró la cabeza. Yo bajé los ojos y clavé la vista en el papel que aún llevaba en la mano, con los cantos para las exequias de mi abuela. Sobre la palma de mi mano se habían estampado las notas del coral «Oh cabeza cubierta de sangre y heridas». Impresora de inyección de tinta. Ante mis ojos, cabezas cubiertas de sangre y heridas, cabellos como regueros de tinta roja, cabezas llenas de agujeros, lagunas de la memoria de Bertha: arena que fluye por el cuello del reloj. Con la arena —solo si estaba lo suficientemente caliente— se hacía vidrio. Rocé con los dedos la cicatriz de mi frente, no, aún no caía arena de allí; solo polvo escapó de mi falda de terciopelo al volver a cerrar la mano y cruzar las piernas. Observé en mi media una carrera fina que partiendo de la rodilla se perdía bajo el terciopelo negro. Sentí la mirada de Harriet y levanté la cabeza. Sus ojos estaban llenos de compasión. Ella odiaba la casa. Le traía recuerdos de Rosmarie. ¿Quién había pronunciado aquellas palabras? Olvidado... Cuanto más se extendían las lagunas de la memoria de Bertha, tanto mayores eran los fragmentos de recuerdo que escapaban atravesándola. Cuanto más avanzaba su perturbación, tanto más descabelladas se volvían las prendas de lana que tejía y que, por los puntos que

dejaba escapar sin cesar, por las reducciones que hacía al tejer o por los agregados de nuevos puntos en los bordes, crecían y se estrechaban en todas direcciones y se abrían, se enredaban y deshacían por todas partes. Mi madre había reunido las prendas de punto de Bootshaven y se las había llevado a casa. Las conservaba en una caja en el armario de su dormitorio. Un día la encontré por casualidad y, con una mezcla de estupefacción y regocijo, desplegué las esculturas de lana sobre la cama de mis padres. Mi madre llegó en ese momento. Yo ya no vivía en casa de mis padres y Bertha estaba en la residencia de ancianos. Pasamos un rato contemplando las monstruosidades de lana.

—Es que todo el mundo necesita un lugar donde conservar sus lágrimas —dijo mi madre como para justificarse—, y guardó otra vez la caja en el armario. Nunca más volvimos a hablar de los tejidos de Bertha.

Salimos todos del despacho en fila india, recorrimos otra vez el vestíbulo hasta la puerta de entrada y la campana hizo un ruido metálico. Los hombres nos estrecharon la mano y se alejaron. Nosotros nos sentamos fuera, en la escalera de la entrada. Las losas, llanas y de un blanco amarillento, estaban casi todas rajadas, pero no transversalmente, sino en sentido longitudinal: las piedras se habían roto en delgadas capas que podían retirarse, como si fueran tapas. Antiguamente no eran más de seis o siete las losas rotas; nosotras las utilizábamos como cajones secretos donde escondíamos plumas, flores o cartas.

Por aquella época yo aún escribía cartas, todavía creía en lo escrito, en lo impreso, en lo leído. Con el paso del tiempo había dejado de hacerlo. Era bibliotecaria en la Universidad de Friburgo. Trabajaba con libros, me compraba libros, a veces incluso me los llevaba en préstamo. Pero, ¿leer? No. En otros tiempos sí. Entonces sí. Entonces leía sin parar, en la cama, mientras comía, en la bicicleta. Pero eso había acabado. Leer era lo mismo que coleccionar y coleccionar era lo

mismo que conservar y conservar era lo mismo que recordar y recordar era lo mismo que no saber exactamente y no saber exactamente era lo mismo que haber olvidado y olvidar era lo mismo que caer, y había que ponerle fin a la caída.

Esa era una explicación.

Sin embargo, disfrutaba siendo bibliotecaria. Por las mismas razones por las que había dejado de leer.

Comencé estudiando Filología alemana, pero en los trabajos prácticos me di cuenta de que todo aquello que venía después de la búsqueda bibliográfica carecía de interés para mí, catálogos, tablas de materias, manuales, índices tenían su propia y sutil belleza; una belleza de cuya fugaz lectura se desprendía tan poco como de un poema hermético. Cuando me aparté de las obras generales de referencia y de sus páginas desgastadas por innumerables consultas, y fui pasando de libro en libro hasta que por fin di con una monografía altamente especializada cuya cubierta jamás había estado en contacto con las manos de nadie excepto las de un bibliotecario, eso desencadenó en mí un sentimiento de satisfacción tal que no podía equipararse con el que me procuraban mis propios escritos. A eso se sumaba el hecho de que las notas que tomaba para no olvidar, correspondían realmente a aquello que no era necesario recordar; es decir, a lo que podía olvidar tranquilamente, puesto que ya sabía dónde volver a encontrarlo.

La faceta más placentera de mi oficio era descubrir los libros olvidados, los libros que habían permanecido en su sitio desde hacía siglos y que probablemente jamás habían sido leídos; libros con una densa capa de polvo en su canto superior y que, sin embargo, habían sobrevivido a millones de no-lectores. Había localizado siete u ocho de esos libros e iba a verlos con cierta frecuencia, pero jamás los tocaba. De vez en cuando los olfateaba un poco. Como la mayor parte de los libros de biblioteca, olían a humedad. El libro sobre los frisos del antiguo Egipto era el que tenía peor olor, estaba ya completamente

negro y desgastado. Durante toda su estancia en la residencia de ancianos, no había ido a ver a mi abuela más que una vez. La encontré sentada en su cuarto. Se asustó al verme y se lo hizo encima. Una enfermera entró y le cambió los pañales. Me despedí de Bertha besándola en la mejilla. Aquella mejilla estaba fría y sentí en los labios la red de arrugas que se extendía suavemente sobre su piel.

Mientras esperaba sobre un escalón y recorría con el dedo las grietas de las piedras, mi madre, sentada dos peldaños más arriba, se dirigió a mí. Hablaba en voz baja y no acababa las frases, de modo que el sonido de su voz parecía, por momentos, flotar en el aire. Irritada, me pregunté qué era lo que desde hacía un tiempo la llevaba a hablar siempre de esa manera. Cuando depositó sobre mi regazo una gran llave de latón cromado, que con su paletón simple y su ligero abarquillado hacía pensar más en un accesorio para cuentos de Navidad que en una verdadera llave, comprendí por fin qué ocurría. Se trataba de la casa. Se trataba de las hijas de Bertha, aquí, en la escalera en ruinas. De su difunta hermana que había nacido en la casa, de mí y de Rosmarie, que había muerto en la casa. Y se trataba también del joven abogado con el cigarrillo. Casi no lo había reconocido, pero no cabía duda, era el hermano pequeño de Mira Ohmstedt, nuestra mejor amiga. La mejor amiga de Rosmarie y mi mejor amiga.